

"arregle solo", opere desde la fuerza corporal más que desde la palabra de ternura, "ponga el cuerpo en la pelea/deporte".³

La sexualidad humana es un campo donde la diversidad y la diferencia se enlazan. Si no se despliega una actitud de interculturalidad en las instituciones, aceptando nuevas experiencias del mundo y multiplicidad de sentidos en el estar y percibir el mundo, cada sujeto, con su singular verdad, con su identidad sexual constituida o en constitución, deberá enfrentar la exclusión y la negativización de su ser como resultado de clasificaciones opresivas sobre las actuaciones de su deseo sexual y/o las de su identidad de género.

[Barman, 2005], desde la prohibición del incesto –base de la sociedad humana, hasta hoy– y que pone a estos impulsos del ser humano considerados naturales, como el más inequívocamente social.¹

Leemos en el diccionario: Sexo "la condición orgánica que distingue en una especie dos tipos de individuos que desempeñan distinto papel en la reproducción". Agrega "Sexo: débil y bello: mujer / feo y fuerte: hombre" (Diccionario enciclopédico Salvat). El encuentro entre la naturaleza y la cultura ya emerge: lo orgánico y la valoración estética se imbrican en este "inocente" diccionario. Pero, por qué ocurre esto. Porque lo que se despliega es la correspondencia que se estableció entre sexo y género, así como entre identidades y expresiones de géneros, y entre orientaciones y prácticas sexuales en la cultura occidental y moderna; es posible encontrar que estos significantes suelen aparecer como sinónimos dejando invisible los fenómenos sociales, culturales, las significaciones simbólicas que entrelazan. A partir del psicoanálisis se define la sexualidad "no solamente (cómo) las actividades y el placer del funcionamiento del aparato genital, sino toda una serie de excitaciones y actividades existentes desde la infancia, que producen placer y que no pueden reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental y que se encuentran también a título de componente en la forma llamada normal del amor sexual." (Laplanche y Pontalis, 1981). Desde entonces quedan diferenciadas las significaciones, no por ello disociadas entre sí. Entonces resulta que "bajo el sustantivo género se agrupan todos los aspectos psicológico, sociales y culturales de la feminidad/masculinidad, reservándose sexo para los componentes biológicos, anatómicos y para designar el intercambio sexual en sí mismo" (Bleichmar, 1985).

SEXO Y GÉNERO

Es preciso señalar que toda distinción tajante entre sexo y género –en sus numerosas versiones– ha sido muy criticada desde y a partir de las contribuciones de la teoría feminista, queer y el llamado campo de "estudios de género" basado en un enfoque histórico, no evolucionista, y no taxonómico de las diferencias culturales. En este sentido, una de las acepciones más conocidas de la noción de género –hoy también fuertemente revisada– fue la propuesta por Gayle Rubin en 1975. Por entonces, género fue definido como "el sistema de relaciones e instituciones sociales y culturales que moldean el material biológico del sexo humano". Debido, pues, a las imbricaciones entre ambas dimensiones, Rubin abogaba por el uso complejo del "sistema sexo/género", el que –en vez de asentarse en la diferenciación autoexcluyente de ambos términos– suponía una distinción no antagónica de los mismos, y permitía pensar "el conjunto global de arreglos a través de los cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana".

En la base de este argumento feminista, "género" y "sexo" no son dos dimensiones excluyentes entre sí. Tampoco son productos de la determinación unívoca de la cultura y de la naturaleza respectivamente, ni de la total libertad de elección de los/as sujetos. Es decir que, ni la condición sexual de una persona es sólo el conjunto de rasgos anatómicos que definen su genitalidad (más bien comporta el universo de valoraciones, prescripciones y posibilidades activadas simbólicamente en su entorno), ni el género es exclusivamente la condición (masculina o femenina) impuesta más o menos coercitivamente por la sociedad y moldeada por la cultura. Tanto el sexo como el género pertenecen al orden de las *diferencias críticas* sobre las que la cultura, la ideología y el lenguaje operan construyendo jerarquías y organizando arbitrariamente el poder, aunque sin hegemonizarlo nunca por completo. De hecho, la jerarquía impuesta por el sistema de género no es nunca sólo una construcción social que utiliza la diferencia "real" biológica como excusa, del mismo modo que la creencia de la existencia de dos (y sólo dos) sexos no es un hecho que pueda ser afirmado con fundamento en la realidad (Butler 1990; Clough 1994; Simons 1999). En este marco, el hecho de que una joven travesti sea discriminada socialmente no responde de forma mecánica al sexo con el que ha nacido, o a su eventual transformación quirúrgica u hormonal, sino a la transgresión que su orientación sexual y genérica supone para el modelo dominante de heteronormatividad y binaridad hombre/mujer. En esta misma línea, el

¹ Se recomienda la película *La Guerre du Feu*, Francia, 1981 Director: Jean-Jacques Annaud. Esta película retrata un momento de la historia humana. Aparece el principio de una práctica sexual que se considera «natural»: el hacer el amor.

reconocimiento de la existencia de una dimensión cultural y simbólica alrededor del cuerpo sexual, cuya actuación es relativamente independiente de la "inexorabilidad" anatómica, explica, por ejemplo, el lugar que ocupa y los significados que despierta lo pornográfico en nuestras sociedades. Seridos que se vinculan con el modo en que culturalmente se conciben, en cada contexto, las fronteras del pudor, la exhibición y el escándalo admisible, la censura y la explicitación de las fantasías en torno al sexo y la sexualidad por parte de varones y mujeres.

La perspectiva o mirada de género es uno de los campos menos abordados desde los espacios de instrucción formal y en los programas curriculares. Las materias que los jóvenes cursan en el nivel secundario no suelen detenerse en el hecho de que las distintas dimensiones del saber —la política, la historia, el derecho, la economía, entre otras— están atravesadas por el género. Esto implica que cualquier proyecto que se quiera desarrollar en el marco de Construcción de Ciudadanía no está exento de que tanto docentes como jóvenes puedan reproducir, casi inconscientemente, y de algún modo particular, estereotipos y prejuicios de género.² Los distintos discursos que circulan en la sociedad suelen naturalizar un conjunto de atributos, ideas e imaginarios de lo que es ser hombre y ser mujer, qué se espera de cada uno de ellos, qué actitudes e incluso posturas corporales deben adoptar, qué roles sociales deben cumplir, qué trabajos deben o están capacitados para desempeñar. Asimismo, se construyen representaciones colectivas asentadas sobre criterios clasificatorios de normalidad adecuables a cada uno de los géneros.

Los géneros son instituciones sociales que se construyen cultural e históricamente y que provienen de atributos y significaciones a lo masculino y lo femenino. En distintas épocas los modos socialmente disponibles de ser mujer o de ser hombre han ido cambiando. Las nociones de masculinidad y femineidad se han estabilizado en un conjunto de significados y prácticas como producto de paradigmas dominantes, profundamente anclados en la cultura. Así, tanto la masculinidad como la femineidad forman parte de un campo complejo de interacciones y representaciones a la vez sexuales, estéticas, éticas, afectivas y convivenciales a partir de las cuales se definen ciertos estilos, roles, comportamientos, modalidades corporales, expectativas y modos de sensibilidad, cognición y percepción según los ámbitos transitados en la cotidianidad.

Ser hijo, padre, compañero, macho, "sexo fuerte", amante, son formas hegemónicas de la acción social de un hombre, que suponen modelos de representación de una determinada construcción histórica y cultural de género, enmarcada en el paradigma de lo que Pierre Bourdieu (2000) denomina la dominación masculina. Ello alude al hecho de que los modos de entender este reparto dual y básico del mundo se constituyeron como tramas de sentido que colocaron a las mujeres en situación de asimetría, ocultamiento y desvalorización dentro de un orden social regido por el principio universalizador de lo masculino (androcentrismo). La visión dominante de la masculinidad parte de la lectura de los cuerpos, continúa en las relaciones sexuales, entendidas también como relaciones de poder, y se amplía a todos y cada uno de los campos de lo social: el espacio, el trabajo, la familia, las relaciones sociales, la escuela.

Desde el sentido común se podría pensar que el sexo antecede al género, se podría sostener algo así como, "se nace varón o mujer y luego se aprende qué debe hacer un varón o una mujer". Sin embargo, y sin mucho andar, cuando un niño nace ya "algo hay dicho respecto de él". La tecnología, ecografía mediante, anticipó el sexo, y cuando el niño aún no sabe nada de sí, e ignora la existencia de la diferencia sexual anatómica, todos los otros ya instalaron lo que debe hacer. El sexo anticipa al género en las significaciones que los padres darán al niño. Pero en el niño las cuestiones de sexo serán posteriores a su identidad de género, que se vendrá gestando desde el color de la ropa que le den, desde los objetos-juguetes que le ofrezcan, los comportamientos estimulados o sancionados que los adultos —padres/maestros— busquen provocar. No es difícil encontrar en la rutina de crianza, cómo se espera que la niña busque protección, cuidado, tienda a pedir que le resuelvan las situaciones conflictivas, exprese sus afectos con el contacto corporal, y cómo al niño se lo estimula para que se

INTRODUCCIÓN

La temática de la sexualidad en su abordaje supone un doble trabajo en la medida en que quienes hablan y quienes reciben el mensaje están atravesados por aquello que pretenden observar, problematizar y cuestionar. El primero se refiere a que resulta difícil no sentirse incluido en lo dicho, y por lo tanto exige un pensamiento esforzado, profundo: *somos nosotros mismos, en nuestra dimensión más singular, única, quienes estamos intentando pensarnos*. El segundo trabajo propone considerar los conocimientos, no como formulaciones teóricas que deben ser abordadas para ser aprendidas y repetidas –que suele ser el sentido más común del término–, sino como perspectivas, para pensar el mundo cotidiano, las prácticas, los comportamientos de los jóvenes y los propios. Por ello resulta indispensable recurrir a herramientas que permitan leer y pensar acerca de la realidad de las y los adolescentes y jóvenes de hoy, comprender sus discursos, capturar los sentidos que se despliegan en su singular modo de relacionarse, en el trabajo de construcción de una identidad, en el intento de lograr su lugar como ciudadanos.

Estudiar hoy cuestiones ligadas a la sexualidad es indagar en el territorio menos "natural" en la vida de los seres humanos, pero a su vez, en la dimensión de la vida humana más "naturalizada". Dice Lévi-Strauss (1969) que el encuentro de los sexos es el terreno en que naturaleza y cultura se enfrentaron por primera vez. Es preciso entonces abordar las representaciones de sexualidad y de género y reflexionar acerca de cómo atraviesan a los sujetos y su identidad, y entrelazan los modos de relación con los otros y con los espacios donde se despliegan sus acciones.

Enseñar y aprender sobre la sexualidad lleva a pensar el cuerpo. Asimismo, inscribir esta cuestión en la adolescencia implica considerarla como momento de cambios y transformaciones que subsumen al cuerpo infantil y que determinan reediciones, nuevos sentidos de esa infancia en la dimensión psicológica de los sujetos. Las formas de ver, sentir, de goce y relación con los otros y con el mundo, de amar y ser amado que construyen las y los adolescentes y jóvenes se despliega en un espectro de prácticas culturales que las y los identifica, y a través de las cuales exponen al mundo adulto su afán de crear "su lugar en el mundo".

¿A QUÉ LLAMAMOS SEXUALIDAD?

El concepto de sexualidad no es unívoco. Es un concepto con multiplicidad de significaciones, pero fundamentalmente aquellas que surgen de "lo no dicho". El sexo y por extensión la sexualidad siguen siendo entendidas en gran parte del lenguaje popular del mundo adulto, así como en numerosas instituciones sociales claves de la socialización juvenil, como una práctica heterosexual y reproductora, entramada allí con la genitalidad e inscripta en el discurso científico. También y sin abandonar su lazo con lo genital, porta la significación de lo placentero en sí, pero ahora es el discurso de la moral que intenta regular esta cuestión del placer.

Según palabras de Michel Foucault, "Todavía a comienzos del siglo XVII era moneda corriente, se dice, cierta franqueza. Las prácticas no buscaban el secreto; las palabras se decían sin excesiva reticencia y las cosas sin demasiado disfraz; se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito... hasta llegar a las noches monótonas de la burguesía victoriana. Entonces la sexualidad es cuidadosamente encerrada. Se muda. La familia conyugal la confisca. Y la absorbe por entero en la seriedad de la función reproductora. En torno al sexo, silencio. Dicta la ley de la pareja legítima y procreadora... Tanto en el espacio social como en el corazón de cada hogar existe un único lugar de sexualidad reconocida, utilitaria y fecunda: la alcoba de los padres" (Foucault, 1995). Por eso, durante largas décadas y, menos monolíticamente pero aún también en el presente, la sexualidad representa aquello de lo que no se habla, aquello que no se dice, pero que a su vez está presente en los discursos de las instituciones que lo reglamentan. Así, el sexo pasa a ser "lo que –alguien/algo– dice que es". Hay un discurso médico, otro religioso, otro psicológico, y otros tantos que se adjudican la verdad sobre la cuestión. En esto resulta inevitable pensar cómo el poder se ejerce sobre los cuerpos, fundamentalmente en su dimensión sexual.

Pero si la sexualidad es "el terreno en que naturaleza y cultura se enfrentaron por primera vez", cada ser que llega al mundo recrea en sí, este proceso que lo humaniza. El sexo es el sesgo de "atributos naturales del homo sapiens donde se grabaron distinciones artificiales, convencionales y arbitrarias"